

de sér cuando conduce al absurdo; los galicanos quisieron mejor ser inconsecuentes que absurdos, y desecharon el poder temporal de los papas; á decir verdad, no es nunca la lógica la que se engaña, sino los falsos principios. Los galicanos habrían debido remontarse á la fuente del poder temporal que reprobaban pero sus creencias religiosas no les permitían atribuir á la doctrina católica los abusos que les sublevaban; y prefirieron creer que los abusos estaban condenados por el catolicismo. Comprendemos los sentimientos de los galicanos, pero no podemos participar de ellos. *Bousset* viendo en el poder temporal de los papas una violación de la ley evangélica, ha debido rechazar toda intervención temporal de la Iglesia tanto en lo pasado como en el presente: hé ahí por qué aquel genio altivo juzgó con severidad á los papas de la Edad Media, cuya elevada ambición hubiera debido merecer sus simpatías. La escuela ultramontana tropieza con otros inconvenientes: admira á los Gregorios VII y á los Inocencios III como héroes del catolicismo; pero en un siglo que no quiere oír hablar de la autoridad temporal de la Iglesia ni aún de su teoría, no se atreve á manifestar su admiración por aquellos pontífices que dominaban despreciando el poder real. Sus dificultades se revelan en las explicaciones forzadas que tienden á atenuar la usurpación de los papas; á nosotros nos será más fácil ser justos con los grandes hombres del catolicismo y con la Iglesia, siempre que se respeten los derechos de la soberanía civil.

Para nosotros, el poder temporal de los papas no es de derecho divino, como tampoco el espiritual de la Iglesia; esto no impide que el poder de la Iglesia y del papado, su órgano, haya sido un acontecimiento providencial. Ya lo hemos dicho: el cristianismo es un instrumento de educación destinado especialmente á enseñar y moralizar los pueblos de la raza germánica; y esta misión explica toda la historia de la Iglesia, que reivindicó el poder espiritual con muy justo título, pues fué el único refugio de la inteligencia en medio del desbordamiento de la fuerza brutal; y ejerciendo sobre los Bárbaros el imperio de la razón, debía también tener una especie de autoridad temporal, interviniendo en los gobiernos en cuanto estuviese com-

prometido el interés de la moralidad y de la justicia. El poder temporal del papado se legitima, pues, por la barbarie de la sociedad laica y por la superioridad de la Iglesia; y lejos de maldecir á los Gregorios y á los Inocencios, los saludamos como á héroes de la humanidad; pero, por su mismo principio, debió ser transitoria su dominación; es un poder tutelar que debía acabar tan pronto como el menor llegase á la edad en que pueda por sí mismo perseguir la obra de su perfeccionamiento: hé ahí por qué ha pasado la soberanía del papado á los reyes, y de éstos pasará á las naciones.

Si aplaudimos la dominación que los papas ejercieron en la Edad Media, también aplaudimos su caída; ¿es contradictorio nuestro juicio ó cedemos, sin saberlo, á la influencia del fatalismo histórico que glorifica á los vencedores y condena á los vencidos? Los hechos lo decidirán: si el imperio de los papas se hubiera consolidado, si las pretensiones de los Gregorios y de los Inocencios hubieran podido realizarse, se habría visto una tiranía tal como no se hubiera encontrado en la historia: la omnipotencia espiritual y temporal en manos de un solo hombre sería la tumba de la independencia de los pueblos y de la libertad del espíritu humano, ó por mejor decir, la tumba de la humanidad. Los que han combatido á los papas en la Edad Media han combatido, pues, por el libre pensamiento y por la soberanía de las naciones, y son también elegidos de Dios, aunque su causa haya sucumbido momentáneamente. La historia debe rehabilitar á los Enríques IV y á los Hohenstaufen, que eran verdaderos héroes en el sentido antiguo, porque luchaban contra un poder irresistible, lo que los antiguos llamaban fatalidad, lo que llamamos hoy ley providencial de las cosas; pero sucumbiendo, salvaron el porvenir del género humano, puesto que impidieron que el papado fundase una monarquía durable; tal fué la alta misión del imperio; se ha preguntado á menudo qué fueron á hacer los emperadores al lado allá de los Alpes. Fueron á defender la causa de la humanidad.

¿Qué era el imperio? ¿De dónde venía y adónde iba? Estas cuestiones nos llevarán á la memorable lucha del papado y del imperio.

CAPÍTULO III.

EL IMPERIO.

SECCION I.

LA IDEA DEL IMPERIO.

§ I. — Teoría de los germanistas.

Un Dios, un papa, un emperador: tal es la unidad de la Edad Media; ¿cuál es el lugar que en este ideal ocupa el imperio? Es más difícil determinar la misión del imperio que la del papado. El papado es el jefe indisputable de la Iglesia en la Edad Media, representante y órgano de la unidad cristiana. El imperio es un legado de la antigüedad que los Bárbaros destruyeron y establecieron; este imperio de Occidente, que vino á ser más tarde el santo imperio, ¿es la continuación de Roma, ó es una concepción nueva debida al genio de la raza germánica y á la influencia del cristianismo? ¿Cuál es la extensión y significación de la dignidad imperial? ¿Cuál la autoridad del emperador sobre los pueblos cristianos? Como respuesta á estas cuestiones tenemos teorías contradictorias, apoyadas en vagos testimonios y en hechos poco importantes.

Ya hemos dicho que el santo imperio no era más que otra forma de la monarquía universal de Roma; no es esta la opinión de los historiadores y publicistas de Alemania, que ven en la unidad de la Edad Media, uno de cuyos elementos es el em-

perador, la idea de la armonía y solidaridad de los pueblos cristianos. El genio alemán es dado á las altas concepciones; vive de lo ideal, y cree sencillamente que lo ideal es la realidad; esta tendencia tiene graves inconvenientes: en la ciencia histórica, conduce á sustituir con sueños los hechos; y en el mundo político, paraliza las bellas facultades de la raza alemana, confundiendo los límites de lo posible y de lo imposible; sobre todo, cuando se trata del pasado y del porvenir de la nacionalidad germánica, los nobles hijos de Alemania se pierden en ilusiones; y como el presente les abruma, buscan en lo pasado una autoridad para sus deseos y sus esperanzas. La Edad Media, rica en hechos de sus antepasados, tiene para ellos gran atractivo. Los Germanos son los que destruyeron la secular dominación romana; y un Germano, Bárbaro de genio, restablece el imperio de Occidente. El emperador, juntamente con el papa, son el vínculo y jefe del mundo cristiano; la unidad, ese ardiente deseo de la Alemania, parece realizado en la Edad Media; y saliendo de las mezquinas proporciones de los Estados modernos, abarca el im-

perio toda la cristiandad. ¿Cómo no ha de seducir al patriotismo alemán aquella época de grandeza y de gloria? Este sentimiento ha inspirado las teorías de los germanistas sobre el imperio, y este mismo sentimiento los ha extraviado. Escuchémosles:

“Aunque el imperio de Alemania lleva el nombre de romano, no es de Roma de donde procede, sino de los Germanos y del cristianismo; los medios de que se ha servido la Ciudad Eterna para reunir bajo sus leyes las demás naciones son los sangrientos medios de la conquista y de la destrucción. Roma absorbe á los vencidos, les impone su derecho, su lengua y sus costumbres; y aniquilando la individualidad, destruye la vida en su esencia; ¿se quiere una prueba? Las naciones de Occidente, fuertes y poderosas en la época de la conquista, están inertes y aniquiladas mientras la invasión de los Bárbaros; no sucede lo mismo en el imperio de Alemania, que no es una monarquía universal como la de Roma; la unidad de la Edad Media no tiene su principio en la fuerza, sino en la creencia: los pueblos de Europa son uno por la fe. La cristiandad tiene dos jefes, el papa y el emperador; el papa, aunque es obispo universal, no tiene la pretension de absorber todas las individualidades nacionales. El emperador no concentra en sí toda la vida de los pueblos; y por más que se llama César y Augusto, hay en la raza germánica un instinto de diversidad é individualidad que es más fuerte que los recuerdos de la grandeza romana. Los Germanos no sufrian el yugo de la acertada administracion que aniquiló á las Galias y á España. Desde entónces el papel del emperador cambia por la fuerza de las circunstancias; no pudiendo mandar como señor á pueblos que conservan su libertad, no puede imponer un régimen uniforme á poblaciones individuales. ¿Cuál es, pues, la mision del emperador? Es la expresion de la unidad que existe en la diversidad: los pueblos, aunque separados por las montañas y los rios, las leyes y los gobiernos, forman, sin embargo, un todo, tienen un jefe, el emperador es el lazo que los une; su poder es moderador, encargado de mantener la paz y la armonía entre todos los cristianos; hay en el cristianismo el gérmen de un nuevo orden social; la guerra y la division eran la ley del mundo antiguo, y la fraternidad cristiana rechaza la guerra como un crimen y pide que la division abra paso al amor, el odio á la armonía:

el santo imperio es la primera manifestacion de la solidaridad de las naciones,, (1).

No pediremos á los escritores alemanes testimonios históricos ni hechos que apoyen su sistema; en vano se buscarian. ¿Quién no ve que esta teoría del imperio es una confusion perpetua de los sentimientos cristianos y de una institucion romana? Si, los pueblos como los hombres son hermanos; y la fraternidad debe llevar á la solidaridad, á la paz y á la armonía; pero ¿qué hay de comun entre un ideal que pertenece al porvenir y el imperio alemán de la Edad Media? Los germanistas mismos se ven apurados para encontrar un nombre que exprese la idea que ellos se forjan del imperio: este ve en él una *confederacion de los pueblos* (2); aquel un *sistema de derecho internacional* (3); pero una *confederacion* ó un *sistema internacional* suponen relaciones positivas entre las naciones, deberes comunes y derechos concedidos á aquel que representa la union; para el mantenimiento de la paz y la armonía: ¿dónde están, en el imperio de Alemania, los lazos que unen los pueblos cristianos? ¿Dónde las obligaciones que tienen que llenar? ¿Dónde los derechos del emperador? No hay ni rastro de relaciones ni una palabra que haga sospechar la existencia de una sociedad internacional; ¿cuál es, pues, la mision de paz y de armonía que los germanistas atribuyen al emperador? Una quimera; y si esta quimera tenia alguna realidad, vendria lógicamente á parar en la monarquía universal. Las naciones no existen aún en la Edad Media; apenas comienzan á formarse; no puede haber, por tanto, asociacion ni liga por la cual se formulen netamente los derechos y obligaciones de los diversos miembros. El emperador es el jefe temporal de la cristiandad: sea; hé ahí un punto de partida; pero ¿qué significa? ¿Qué hará el emperador cuando se rompa la paz de que es mantenedor, como ocurría diariamente en la Edad Media? ¿Cómo ha de restablecer la concordia sino por la fuerza? Nos encontramos otra vez en el imperio romano, en la monarquía universal: un solo hombre investido de la fuerza suficiente para reprimir todas las resistencias, todas las oposiciones hostiles; y

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. v, p. 80 y sig.—DOENNIGES, *Deutsches Staatsrecht*, p. 469-474.—ÆGIDI, *Der Fürstenrath*, p. 149 y sig.—BUSS, *Einfluss des Christenthums auf Recht und Staat*, p. 100 y siguientes.

(2) DOENNIGES, *Deutsches Staatsrecht*, p. 471.

(3) ÆGIDI, *Der Fürstenrath*, p. 151.

¿qué es este poder sino el arma del despotismo en manos de un César? La dominacion de los emperadores de Alemania hubiera sido más funesta aún que la de los Césares romanos, porque sus pretensiones eran mucho mayores, tan grandes como las del cristianismo; sus aspiraciones iban nada ménos que á la dominacion del mundo entero. El mundo sometido á un solo hombre es la tumba de la humanidad (1).

El ideal de los germanistas, quimérico en cuanto á los hechos, nos llevaria á la monarquía universal de Roma tan pronto como se tratase de darle alguna realidad. El principio del imperio de Alemania es la idea del poder romano ántes que el sentimiento cristiano de solidaridad; dejemos nuestros sueños del porvenir; penetremos en los hechos y las doctrinas de la Edad Media, y veremos que el gran nombre de Roma domina en los espíritus, hasta el punto de llegar á ser el imperio el ideal de la humanidad; los emperadores de Alemania se enorgullecen llamándose sucesores de los Césares, y el santo imperio procede directamente del imperio romano (2); verdad es que el cristianismo viene á modificar este ideal; pero queda dominado por el elemento romano; en cuanto al genio germánico, es profundamente hostil á la unidad imperial; el espíritu de libertad é independencia no puede soportar la uniformidad del régimen despótico; los Germanos no entran para nada en el imperio de Alemania; á ellos, por el contrario, debemos vernos libres de esa falsa forma de la unidad que se llama monarquía universal.

§ II.—El elemento romano.

La lucha del sacerdocio y del imperio ocupó la Edad Media, dividiendo los pueblos y las familias; en Italia, sobre todo, la violencia de los partidos fué extremada; el odio de los Gúelfos y Gibelinos ensangrentó las ciudades y desgarró la Península hasta el punto de hacerse imposible toda union y toda unidad. En medio de tan furiosas pasiones, en el siglo XIV nació uno de los más profundos ge-

nios de los tiempos modernos. El Dante, que pertenecía á una familia güelfa, se hizo Gibelino, y escribió el libro *de la Monarquía* (1), para convertir á sus amigos á la causa del imperio: “Estuve entre tinieblas, dice, pero mis ojos se han abierto á la luz; quiero iluminar al género humano, para que caiga conmigo á los piés del ungido del Señor,, (2). El inmortal poeta nos va á decir lo que significa la idea del imperio. El tratado *de la Monarquía* no es una obra de imaginacion ni el trabajo de un pensador solitario, es el manifiesto del partido gibelino.

Hay un pensamiento que domina al Dante, el pensamiento de unidad, que es su ideal; tan penetrado está de ella, que, desconociendo los designios del Creador, declara que la diversidad es el mal absoluto, mientras que la unidad es el bien por excelencia (3). Y ¿Cuál será la forma de esta unidad? El mundo no conocia aún otra que la monarquía universal, y una ciudad italiana la habia realizado; el Dante ve su ideal en el imperio romano, en la monarquía universal.

El destino de la humanidad consiste en el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y morales del hombre (4), y para á poder atender á este fin, que Dios mismo la ha designado, es preciso que reinen en el mundo la paz y la armonía; la paz es el mejor de los bienes (5); tanto, que los ejércitos celestes cantan: “¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!,, Puesto que la paz es una condicion esencial para el cumplimiento de nuestra mision, es preciso que el universo se organice de la manera más adecuada para sostenerla; y esta garantía sólo la monarquía universal la da; en efecto, allí donde hay muchos principes iguales, allí hay necesariamente division, lucha y guerra; ¿cuándo han disfrutado los pueblos de los beneficios de la paz? Mientras estaban reunidos bajo las leyes de Augusto (6); y cuando el mundo entero esté bajo el régimen de una monarquía única, renacerá la edad de oro, y la jus-

(1) Tenemos á la vista la edicion de Basilea de 1559.

(2) *De Monarchia*, lib. II, p. 83-90.

(3) “Maxime enim ens, maxime est unum, et maxime unum maxime bonum... Unde fit, quod unum esse, videtur esse radix ejus quod est esse malum” (*De Monarchia*, lib. I, p. 84).

(4) “Proprium opus humani generis est actuare semper totam potentiam intellectus possibilis per prius ad speculandum et secundario propter hoc ad operandum per suam extensionem” (*De Monarchia*, lib. I, p. 60).

(5) “Pax universalis est optimum eorum quæ ad nostram, beatitudinem ordinantur” (*De Monarchia*, lib. I, p. 60).

(6) *De Monarchia*, lib. I, p. 68 y sig.; 86 y siguientes.

(1) “Cuando un hombre solo gobierna el mundo, dice un gran historiador, no hay libertad más que allá donde Catón la ha encontrado” (J. VON MÜLLER, *Reisen der Päpste*).

(2) Esta idea domina en las actas públicas y en los historiadores de la Edad Media (PALTERI, *Jus publicum mediæ ævi*, página 120-125).

ticia volverá á la tierra, como el poeta predijo (1); la causa grande de toda injusticia desaparecerá con las malas pasiones que oscurecen la inteligencia y corrompen el alma; ¿qué ambiciones podrá tener el monarca único? ¿Qué podrá desear, teniendo de todo? La caridad, que activa los buenos sentimientos, será en él omnipotente; semejante á Dios, no tendrá más que motivos para amar á los hombres y ninguno para odiarlos: ¿cómo había de odiar, no teniendo enemigos? (2). La libertad es, con la justicia, el bien más grande del hombre; en los Estados particulares, cualquiera que sea su forma de gobierno, los hombres no son libres, porque hay en todos estos Estados un principio de egoísmo, y en todas partes son los pueblos los instrumentos de los gobernantes, mientras que con una *monarquía* serán verdaderamente libres, porque serán gobernados por su interés y no por el del príncipe: la *monarquía* universal, siendo todo caridad estará, por lo mismo, al servicio de todos (3).

Una forma política que responda á todas las necesidades y á todos los deseos del hombre es necesariamente la ley natural de la humanidad. La *monarquía* tiene su fundamento en la esencia de Dios y en la naturaleza creada, manifestación de su poder; Dios es uno, y la unidad por excelencia; y debiendo la humanidad responder á su principio, es preciso que sea una, regida por un solo jefe, porque Dios ha prescrito esta ley al hombre, creándole á su imagen; acercarse á la perfección divina, tal es su destino, tal su deber (4); el movimiento de los astros nos revela la voluntad del Creador; un solo motor los anima, y obedecen á una admirable unidad; lo mismo pasa al género humano; la unidad es su fin, y la *monarquía* universal es, pues, su ideal (5); la unidad existe en todas las categorías de la asociación humana: la familia tiene un solo jefe, la ciudad un solo magistrado, las naciones obedecen á un solo príncipe; toda sociedad entregada á sí misma perece

(1) «Jam redit et Virgo radeunt Saturnia regna.»

(2) *De Monarchia*, lib. I, p. 69-74.

(3) «Genus humanum solum imperante Monarcha sui, non alterius gratia est... Monarcha minister omnium procul dubio habendus est» (*De Monarch.*, lib. I, p. 76).

(4) *De Monarchia*, lib. I, p. 65 y siguientes.

(5) «Humanum genus tunc optime se habet, quando ab unico principe tanquam ab unico motore et unica lege, tanquam ab unico motu, in suis motoribus et motibus regulatur. Propter quod necessarium apparet ad bene esse mundi. Monarchiam esse, sive unicum principatum qui Imperium appellatur» (*De Monarch.*, lib. I, p. 98).

El género humano será presa de divisiones y guerras mientras esté dividido en soberanías independientes, envidiosas y hostiles, y no encontrará el reposo, la armonía y la felicidad más que en el gobierno de uno solo (1).

Segun esto, la *monarquía* universal es el ideal de la humanidad; falta demostrar que la dominación del mundo pertenezca al imperio de Alemania; segun el Dante, el emperador tiene derecho á la *monarquía* universal, porque es el sucesor de los Césares; el poeta confiesa que ha participado mucho tiempo del error comun del pueblo romano, y extraña que Roma haya llegado á ser dueña del mundo sin más título que las armas y la violencia; pero sus ojos se han abierto á la luz; y allí donde no había visto más que la fuerza bruta, ha descubierto la mano de Dios; la dominación de Roma es providencial. ¿Cómo se manifiesta la voluntad de Dios? Por la imposición, por signos exteriores, por milagros; la nobleza del pueblo romano se revela primeramente en su origen; para esto, el Dante se apoya en la fábula que relaciona á Enéas con las tres partes del mundo por su nacimiento y por sus alianzas: este es un signo divino de la grandeza á que está llamado el pueblo que tiene tan ilustre origen; prescindamos de prodigios tales como el de los gansos del Capitolio; los milagros no son ya del gusto de nuestro siglo, que no reconoce los designios de la Providencia más que en el encadenamiento de los hechos históricos; el Dante busca también la confirmación de su teoría en la historia pero, preocupado con los recuerdos clásicos, ve siempre los hechos á través de un prisma que los embellece é idealiza, y cree con Cicerón que los Romanos no han conquistado el mundo por ambición, sino sacrificándose por el bien de la humanidad: los Cincinatos y Fabricios, los Camilos, los Brutos y Catones son á sus ojos mártires cuyo sacrificio y acciones gloriosas atestiguan la misión de Roma, como la sangre de los mártires cristianos acredita la verdad del cristianismo. Hoy nadie cree en el desinterés de aquel pueblo de juristas que conquistó al mundo para explotarle; nuestros lectores preferirán á estas ilusiones los argumentos filosóficos del célebre poeta cuyo trabajo analizamos. La unidad es el fin que Dios ha señalado al género humano; queriendo el fin, ha debido tam-

(1) *De Monarchia*, lib. I, p. 62 y siguientes.

bien querer el medio, y crear un pueblo que tuviera todas las cualidades necesarias para vencer y gobernar las naciones; estas cualidades sobrepasan en la raza latina; y la historia puede repetir, con Virgilio, que los Romanos habían nacido para regir el mundo: hé aquí la razón providencial de las incensantes victorias de Roma; hé aquí por qué ha llevado á cabo la conquista del universo; Alejandro hubiera podido disputarle la dominación; Dios le arrebató en la fuerza de la juventud para que el pueblo rey pudiese marchar sin obstáculos al cumplimiento de su destino (1).

El imperio romano de Alemania encontró un rival y un enemigo en el papa que le disputase la *monarquía* universal de los Césares; las pretensiones del papado y del imperio eran incompatibles, porque eran dos soberanías que se excluían recíprocamente; sin embargo, el Dante intenta probar que la fe cristiana implica la legitimidad del imperio, y nada más curioso que su argumentación; habría que reirse, si no se tuvieran presente las sutilezas de la escolástica, cuando se oye al Dante sostener seriamente que Jesucristo ha reconocido el imperio romano naciendo bajo el reinado de Augusto y consistiendo ser comprendido en el censo ordenado por el emperador. Otra razón más poderosa; el Hijo de Dios ha tomado la forma humana y ha dado su vida por salvarnos de la muerte eterna que habíamos merecido por el pecado de Adán; pero no hay expiación sino en tanto que la pena es justa, y la pena no es justa sino en tanto que el juez tiene el derecho de pronunciarla; la consecuencia es terrible: si el imperio romano no es más que el reinado de la fuerza, entonces Jesucristo no ha sufrido verdadera pena, no ha habido expiación, y, por tanto, no ha habido redención (2).

Así no puede atacarse la legitimidad del imperio romano; sin quebrantar el fundamento mismo del cristianismo: hé aquí la *monarquía* universal tan sagrada como la fe cristiana; sin embargo, falta aún alguna parte de la teoría del Dante. La Iglesia no disputaba al emperador su derecho divino; le reconocía como vicario de Jesucristo, como jefe temporal de la cristiandad; pero le subordinaba al jefe espiritual, sucesor de San Pedro, como se subordina el cuerpo al alma; en su cualidad de

(1) *De Monarchia*, lib. II, p. 88-119.

(2) *De Monarchia*, lib. II, p. 129-131.

Gibelino, el Dante no podía aceptar esta dependencia; el emperador no sería el monarca que él se forja si dependiera de alguien en la tierra, porque éste sería entonces el verdadero soberano; el monarca universal del Dante no está sometido más que á Dios (1).

Tal es la idea que los Gibelinos, partidarios del imperio, se formaban de su poder; es la idea romana: el emperador el dueño del mundo; nada de soberanías particulares; no hay más que una, la de la *monarquía* universal; es inútil refutar la teoría del Dante, porque está completamente desacreditada: es un legado del mundo antiguo en que reinaba la fuerza brutal (2). Lo admirable es que la historia no haya podido ilustrar á los espíritus eminentes que se han dejado ofuscar por la aparente grandeza de Roma. ¿En qué ha venido á parar aquel imperio que debió labrar la dicha de la humanidad, asegurándole la paz, la justicia y la libertad? Ya lo hemos dicho y probado: en el aniquilamiento de los pueblos, en la decrepitud, en la muerte; ¿cómo es que la evidencia de los hechos no ha despertado á genios tales como Dante y Leibnitz? Es que los espíritus más elevados no se pueden librar de la influencia de las ideas dominantes. La historia es un libro que cada siglo interpreta á su manera, y el principio del progreso preside á esta interpretación sucesiva. Aprovechándonos de los errores de lo pasado y de las luces de lo presente, podemos rechazar, sin vanidad, esa misma *monarquía* universal, tumba del género humano, en la cual han visto un ideal tantos grandes hombres; sin embargo, no se han engañado en lo fundamental. El ideal que vislumbraba el Dante sigue siendo el ideal del siglo XIX: la unidad, la paz, la armonía; se ha engañado, con sus siglos, respecto de los medios de realizarle; desechemos el error y abracemos con más fe una creencia que tiene á su favor la voz de los hombres que Dios envía á la humanidad para iluminarla y consolarla.

§ III.—El elemento cristiano.

La idea del imperio, tal como aparece en la teoría de los Gibelinos, es esencialmente romana; verdad es que se mezcla con ella un elemento cristia-

(1) «Imperator, sive mundi monarcha, immediate se habet ad principem universi, qui Deus est» (*De Monarch.*, lib. III, p. 175).

(2) Véase la parte novena de mis Estudios.